

del cañon: echa una mirada tenebrosa al rededor de sí y no encuentra sino semblantes pálidos y cadáveres truncos de muchos miserables que acaso no rehusarian obedecer las órdenes de sus asesinos sino para decir ¡adios! á una familia consternada. Los propietarios reemplazan á los delincuentes en las cárceles tenebrosas: aquí se ligan milés de brazos, allí se abren los calabozos llenos de víctimas para descargar sobre ellos la metralla del cañon; la cuchilla de las guillotinas está cayendo de día y de noche; los artífices de la muerte se desvelan por encontrar nuevas máquinas que en menos tiempo multipliquen los sacrificios; al paso que los verdugos, con una pausada lentitud parecen saborear su crueldad. Vénse descender incesantemente al sepulcro el viejo encorvado por el peso de los años, el virtuoso jóven que sostenia las esperanzas de una honrada familia, la madre tierna al lado de sus jóvenes hijos, el hermano junto al hermano, el amigo junto al amigo. La victoria se decide á favor del crimen: ciérranse los templos, sus ministros son sacrificados y el culto del verdadero Dios se proscribe bajo la pena de muerte. Se diria que habia sonado en la Francia la trompeta del ángel exterminador; ¡los monumentos de los hijos de los hombres se desmoronan y se abren los sepulcros.

En vano aquel infeliz pueblo busca sus antiguos usos: una nacion extranjera anda errante por las calles y plazas; si pregunta por los dias de sus festividades, nuevas denominaciones vienen á herir sus oidos; espera á lo menos que la vuelta invariable del año restablezca al fin el estado natural de las cosas; ¡esperanzas perdidas! ¡nuevos meses, meses ignorados parecen advertirle que en esta tierra de prodigios, la revolucion debia extenderse hasta al curso de los astros! Tal era este pueblo, vil juguete de las manos poderosas de una faccion; trasladado repentinamente á otro universo; aturdido con los gritos de las víctimas y las aclamaciones de la victoria que retumbaban en todas las fronteras.

Cuando Dios, dejando caer una mirada sobre este país de iniquidad, hizo volver los monstruos á la nada, ¿cuál ha sido, pues, el resultado de esta célebre revolucion? Esta revolucion ocasionada por los abusos que ocasionaban las administra-

ciones diversas de la Francia, por los actos tiránicos de ciertos ministros y su lucha interminable con los parlamentos, protegida en cierto modo por la inaccion, debilidad y abatimiento de un gobierno semejante á un carro sin eje, y cuyos conductores no sienten ya las riendas en sus manos; precipitada por los golpes de una insensata energía, que dirigidos á sostener las instituciones reinantes, no hicieron mas que acelerar su ruina. ¿Esta revolucion, toda virtud, toda libertad, al abrirse los Estados generales no ha producido sino desgracias? ¿Siempre la reaccion del bien ha de ser el mal? ¡Oh, ciudadanos! Por mas que recorramos las páginas de la historia, siempre pasamos de la luz á las tinieblas; de las ilusiones de la fortuna á las miserias del género humano. Podria muy bien decirse que nuestra felicidad está calculada sobre la inconstancia de nuestros deseos, y que se nos mide con mano avara la dosis de la dicha, porque es insaciable nuestro corazon. La naturaleza nos trata como á niños enfermos, cuyos apetitos rehusa satisfacer, pero cuyas lágrimas enjuga con las ilusiones y las esperanzas: hace danzar al rededor de nosotros, una multitud de fantasmas hácia los cuales tendemos incesantemente nuestros brazos sin llegar á tocarlos; y ha llevado tan lejos el arte de la perspectiva, que nos ha pintado los Eliseos, en el fondo mismo del sepulcro.

¡Fuérame dado, conciudadanos míos, despues de haber recorrido una série de turbulencias espantosas, despues de haber viajado con la imaginacion en épocas tan lejanas y por pueblos tan diferentes; cuando mi espíritu se siente agobiado por tantos desastres, afligido por tantas miserias, lleno de espanto por catástrofes tan terribles, cerrado á los sentimientos de paz y de quietud por tan crueles agitaciones: fuérame dado, repito, al volver la vista hácia vosotros, experimentar aquellas impresiones deliciosas que por tanto suspira el viajero, que despues de haber dado la vuelta al mundo torna por fin á los campos queridos de su patria! Si de enmedio de nosotros se levantaron algunos genios bastante felices para conseguir la independenciam; bastante sábios para hacer servir al bien de sus hermanos las importantes lecciones que habian recibido de la historia; los unos sucumbieron bajo los

golpes enemigos, y el michoacanano que dió cima á una empresa tan gloriosa; el que vino á coronar por fin las esperanzas de tres siglos; aquel hombre que con la llama ardiente de la libertad habia sabido encender el corazon de nuestros padres en los mismos hielos de la vejez, no tuvo ni aun este miserable consuelo. ¿Qué fué de aquel espíritu profético con que en los raptos de un entusiasmo sublime y entre los goces anticipados de una perspectiva risueña, aunque colocada mas allá del sepulcro, los autores de nuestros dias querian consolarnos de su pérdida con solo presentar á nuestra vista el retrato de Iturbide.

¿Quién entonces hubiera creído, ancianos venerables, que vuestras lágrimas y unas lágrimas todavía mas dolorosas que las que humedecieron vuestras cadenas, iban á suceder bien pronto á los inefables trasportes de la alegría mas pura? ¡Oh, ciudadanos! Un decreto sacrilego sugerido por un resto de nuestros opresores, obliga al inmortal Iturbide á dejar este país adorado que lo habia visto nacer; este suelo delicioso que acababa de libertar; en vano mil valientes aguardan una palabra sola de sus labios para extinguir esta última llama que iba á devorarlo; en vano todo su ejército se abandona en su presencia, porque no quiere pronunciarla, á los movimientos desesperados de una rabia generosa; la idea de una revolucion encendida por su causa lo hace estremecer, y tan patriota como Camilo prefiere salir de su patria antes que mirarla envuelta en los estragos de la guerra civil. Id, pues, hombre magnánimo; llevad á otra tierra mas digna ese valor admirable, esa virtud rara y sublime; atravesad el oceano inmenso; saludad á esas playas desconocidas, que si un horizonte lejano oculta á vuestros ojos las nevadas cumbres del Anáhuac, vuestra gloria queda en nuestro zénit para arrebatrar las miradas del mundo; y vuestro nombre caro, mejor transmitido por la ternura del corazon que por la pluma de la historia, recibirá incesantemente las bendiciones sinceras de las edades futuras. Ve á recibir de otros pueblos mas ilustrados y mas virtuosos los homenajes de admiracion y reconocimiento que la humanidad consagra á tus eminentes servicios, y que te han rehusado tus compatriotas; y ya que no te

es permitido gozar con ellos de una patria que les has dado, no verás siquiera el espectáculo de sus males. Roma es la patria de los reyes destronados, el país clásico de los héroes; Italia te abre su hospitalario seno: ve á recoger allí en las tumbas de los Césares, de los Scipiones y de los Brutos, las verdades antiguas, para volver, cargado con tus propios desengaños, á disipar las ilusiones de un pueblo inesperto que se cree demasiado feliz con solo haber alzado su frente entre los libres.

En efecto, conciudadanos; depuestas las ideas de monarca, vuelve siempre ciudadano como habia nacido: vuelve espantado á vista de los preparativos que una liga formidable hacia para subyugarnos: vuelve á empuñar otra vez su espada vencedora para defender las instituciones que México se habia dado á la caída de su propio trono: ¡cuánta grandeza de alma! ¡Cuán puro y generoso patriotismo! Pisa nuestras playas, y entonces... ¡Oh desesperacion...! ¡Un crimen calculado...! ¡Oh verdad funesta! ¡Tú habias de quedar para nuestra execracion eterna! La ingratitud, la perfidia, la crueldad: ¡oh mexicanos! ¡Hé aquí los títulos que presentaremos siempre á todos los hombres y en todos los tiempos! ¡Oh muerte desastrosa! ¡Oh muerte horrible! ¡Oh dulces esperanzas tristemente arrebatadas!

Permitidme ahora que os pregunte ¿hemos sido, somos felices? No lo esperéis, conciudadanos, mientras esa justicia inmutable que ha prometido aplacar los manes de la inocencia, no haya satisfecho su venganza con el sacrificio de todos sus verdugos. La cuestion de la felicidad ha sido nula para nosotros. Tan torpes para el bien como sagaces para el mal, hemos perdido de moralidad cuanto hemos avanzado en ilustracion; y de esta suerte, diez y siete años han sido bastantes para recorrer toda especie de revoluciones, probar todos los sistemas de gobierno, y distinguirnos delante del mundo por crímenes solemnes. ¿Y debia yo publicar desde este punto á presencia de los primeros magistrados de Michoacan y delante de tan ilustres ciudadanos, verdades tan terribles y humillantes? ¿Mas de qué servirá desfigurarlos? ¿De qué aprovecharia que una baja lisonja viniese á adormeceros en medio

del peligro? ¡Qué infamia para mí hacer traición á la verdad y á mis propios sentimientos! ¡qué ultraje á vosotros pretender engañaros! Y ¡qué! ¿si lo intentase me seria dado conseguirlo? Los acontecimientos claman por sí mismos.

Esta muerte del generoso Iturbide habia de ser la primera de nuestras obras para recompensarle, y habia de ocupar la primera página en la historia deplorable de nuestra conducta política: el suceso de la Acordada no morirá nunca: la expulsión de los españoles, publicó en Europa nuestra ignorancia y nuestra injusticia: el fin del ilustre y desgraciado Guerrero parece presentarse aquí como un rasgo característico para sostener la acción del drama: la guerra de Tejas anuncia nuestra debilidad para aumentar el interés de los espectadores: la revolución interior y la invasión de los franceses, hé aquí dos circunstancias muy naturales para formar el último acto de esta ignominiosa tragedia. Hemos llegado, pues, al nudo: ¿cuál habrá de ser el desenlace? ¡Qué pregunta, conciudadanos! Al tiempo de proponerla, se erizan los cabellos, mi alma siente una violencia desconocida y retrocede horrorizada. La vista de lo pasado estrecha mi corazón; la consideración de lo presente me sumerge en una duda espantosa, por no decir en una funesta certidumbre; el cercano y tenebroso porvenir me hace estremecer. ¿Cuál habrá de ser, pues, nuestro destino? ¿Vamos á salvar el último tropiezo, ó á sepultarnos para siempre en la nada? . . . Si para resolver este fatal problema no contamos con otros datos que la experiencia de lo pasado. . . Gran Dios. . . el drama está en su desenlace y México en el borde de su tumba. ¡Pueblo! Hé aquí vuestro destino, hé aquí los resultados de una libertad mal entendida, hé aquí las deplorables consecuencias que trae consigo el criminal abuso de los mas preciosos dones. Mirad el apoyo único de los Estados convertido en su ruina; mirad la prostitución universal, la desorganización absoluta, la ignominiosa debilidad, la miseria destructora; mirad los ímpetus feroces arrebatando los espíritus, la virtud subiéndose á los cielos, la iniquidad inundando la tierra, las furias despedazando el corazón y extinguiendo el último resto de la sensibilidad, el genio del mal llevando por todas partes la deso-

lacion, el exterminio y la muerte, el abismo abierto delante de vosotros. . . .

Venid, pueblos, venid ahora; no soy yo quien os convoca al rededor de esta tribuna; son los hombres mas eminentes en política, son esos genios sublimes á quienes los antiguos y modernos siglos aclaman antorchas de la razón y de la filosofía, son los maestros del mundo que sin tenernos presentes escribieron para nuestra instrucción y para nuestro desengaño. Venid vosotros, mexicanos ilustres, vosotros todos los que trabajais infatigablemente porque la patria se salve, vosotros todos los que en la crisis mas peligrosa le mostrais una helada indiferencia y dormis un letargo profundo, vosotros mas bien ciudadanos virtuosos, víctimas de equivocaciones políticas, venid á recibir la última lección de esta experiencia, fruto triste y tardío de los errores, de las faltas y de las desgracias. Una sola verdad, mexicanos; pero una verdad fecundísima, una verdad que nunca meditareis bastantemente, una verdad que debiera cundir por todo el universo, una verdad, para decirlo de una vez, que resuelve el gran problema de la política: *la libertad considerada como medio, eleva las naciones al mas alto grado de ventura. la libertad buscada como fin, las extermina para siempre.* La libertad considerada como medio, hace nacer el reinado venturoso de la virtud y de la filosofía, favorece los procedimientos de las artes, los adelantos de la agricultura, y los cálculos ventajosos del comercio; derrama por todas partes la civilización y engendra el espíritu público, es decir, el buen sentido en la masa del pueblo: bajo sus grandes auspicios las obras de la imaginación embellecen la existencia, las del sentimiento suavizan las costumbres sin degradarlas, se desenvuelven prodigiosamente los talentos sublimes, al paso que nos trasportan y arrebatan los vuelos atrevidos del ingenio.

La libertad buscada como fin invierte el orden natural de las cosas y de las ideas, desencadena contra nosotros la furia de sus pasiones, extiende sobre los pueblos un velo tenebroso y acaba por aniquilarse á sí misma, la libertad considerada como medio es la que inmortalizó á Numa-Pompilio y á Marco-Aurelio entre los monarcas, á Licurgo y Washington en-

tre los padres de las repúblicas, á Scipion y Epaminondas entre los generales ilustres, á Demóstenes y Aristidis, Caton y Marco Fulio entre los hombres de estado; la que ha consagrado en el culto de la posteridad los héroes que se admiran en todos los pueblos y en todos los siglos, á Bruto y Cincinato, á Annibal y á Sertorio, á Hidalgo y á Bolívar, á Allende y Matamoros, á Morelos é Iturbide. La libertad buscada como fin, es la que alargó al virtuoso y sábio Sócrates la copa envenenada, la que desencadenó contra Roma el furor de Catilina, la que inspiró al malvado Sila el negro designio de proscribir y vejar á los honrados y pacíficos ciudadanos y la que ha hecho nacer para horror de los siglos los Calíguas, Neronés y Robespierres, tantos y tantos monstruos detestables que han aflijido á la humanidad. Sabed, conciudadanos, que la anarquía no aspira sino á tener la libertad de apoderarse de unos bienes á que la ley no le da derecho, y de una autoridad que ninguno debe girar sin mision, sin garantía y sin luces, sabed que la aristocracia no tiende á la oligarquía sino por tener la libertad de repartir entre un corto número de favoritos, los honores, los empleos y la fortuna pública; sabed que el monarca no secunda al despotismo sino para tener la libertad de satisfacer sin contradiccion todos sus caprichos. *Yo soy el Estado.* Sabed, finalmente, que los ignorantes no proscriben las luces y la filosofía, sino por tener la libertad de llegar á los empleos sin estudio y á los honores sin mérito.

¿Qué es, pues, la libertad sin una sabia política, qué es la política sin la moral, qué es la moral sin la religion? La sola libertad no engrandece á las naciones, la sola moral no forma á los héroes, la sola política no forma los sabios. Sin la moral, cuyo apoyo mas firme es la religion, la corrupcion de las costumbres arrastra al despotismo, y sin el freno riguroso de las leyes, la libertad del gobierno engendra la anarquía, dos azotes igualmente formidables para los pueblos. *La libertad consignada como un medio por buenas instituciones, las instituciones sociales en perfecta consonancia con los principios religiosos:* hé aquí lo único que en todos los siglos puede formar la combinacion importantísima de los intereses privados con los deberes públicos, hé aquí de dónde pende el

engrandecimiento de las sociedades y la conservacion de los imperios.

OBSERVACIONES.

Es verdaderamente notable el discurso de este ilustre mexicano, y sin duda, uno de los mejores que he publicado. En él encontrará el lector todo cuanto se pueda desear en una buena pieza oratoria, tanto en su forma como en su esencia. Con suma habilidad y gran maestría, presenta á la vista del lector un cuadro bellissimo de la historia antigua, al describirnos los trastornos y viscositudes que han sufrido las naciones del viejo continente, por no quererse sujetar á los principios de orden y de justicia.

Profundo conocedor de la sociedad, toca con el mayor acierto las causas de nuestros males é indica los medios que se deben adoptar para evitarlos. No es esta oracion simplemente encomiástica, su autor en ella, no solo se propuso elogiar á nuestros héroes, sino el manifestarnos que sus sacrificios no se han sabido aprovechar, que la mayor parte de los males que hoy se sufren, tienen origen en la mala aplicacion que se ha hecho de los principios que sirvieron de base para realizar nuestra independencia.

Su lenguaje tan puro como elegante, sus descripciones tan instructivas como amenas, sus cuadros todos llenos de animacion, y el ascendrado patriotismo que su autor nos manifiesta, lo colocan como á uno de nuestros mejores oradores. Digno es de lamentarse que personas ilustradas aun insistan en insultar por medio de un periódico, la memoria de nuestros héroes, sin tomar en consideracion el juicio que de ellos hace este ilustre ingenio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.